

los alemanes que emperador de Alemania, y no hubo coronamiento.

Á falta de esta solemnidad, hizo una entrada oficial en Berlín tan fastuosa que pudo considerarse como una apoteosis.



CAPITULO V

Un antiguo telegrama de la reina Victoria. - Tradición bárbara. - El mayor von Normann, primer consejero y colaborador de Guillermo II. - Primeros manifiestos del nuevo soberano. - Suicidio de Normann. - Costumbres íntimas de los soberanos. - El castillo de Neu-Glienecke. - La emperatriz, envidiosa de su hermana. - Habitaciones imperiales. - Miedo de Guillermo II al contagio morbos. - Varias anécdotas. - La enfermedad del oído y la escarlatina del emperador. - La lencería de Palacio. - Los ayudas de cámara de Guillermo. - Mobiliario de la cámara imperial. - Historia de unas sillas de mimbre. - Recuerdos mortuorios. - Un día ordinario del emperador.

Serían las doce del día 15 de junio de 1888, una hora después de haber expirado Federico III, cuando Guillermo II, registrando los papeles de su padre, en presencia del mayor von Normann, del primer regimiento de la Guardia, encontró un telegrama que la reina Victoria había dirigido á su hija veintinueve años antes, momentos después del nacimiento del actual emperador.

El telegrama decía simplemente: «¿Es un hermoso niño?» La augusta abuela deseaba saber si su nieto era una criatura bien constituida y robusta.

Al leer aquel lacónico documento, el joven soberano se puso más pálido de lo que ya lo estaba, y, sin des-

pegar los labios, apretó convulsivamente el puño de su espada con la mano izquierda.

Cada vez que muere un rey de Prusia, parece apoderarse de su sucesor un espíritu de extraordinaria salvajez. «En Berlín, cuenta Carlyle, en su historia de Federico el Grande, desde el jueves, 31 de mayo de 1740, día de la muerte del rey anterior, hasta el jueves siguiente, el correo fué detenido y cerradas las puertas; ninguna estafeta pudo salir de la ciudad, aunque todos los embajadores ansiaban enterar á sus gobiernos de lo que ocurría.» El bisabuelo de Guillermo II hizo encarcelar, en el momento de morir su padre, á la favorita de éste, como también á toda su familia y á todos sus amigos.

Guillermo II no dejó de seguir la tradición establecida en la corte de Prusia. El día 15 de junio de 1888, la emperatriz Victoria, sus hijas, los miembros de la corte, sus médicos y su servidumbre, fueron prisioneros durante algunas horas.

Hasta que el emperador hubo terminado sus investigaciones y procedido á todos sus arreglos, ni una sola persona pudo salir del palacio de Friedrichskron.

Este era el nombre que se daba al castillo de Potsdam desde que Federico III lo había elegido como residencia.

Centinelas armados custodiaban las oficinas de telégrafos y los aparatos telefónicos, á fin de que las comunicaciones con el exterior fuesen absolutamente imposibles.

Después de haber tomado todas estas precauciones, Guillermo II hizo que Normann le ayudase en el registro de los papeles del difunto emperador. Con esto dió

una gran prueba de confianza á un hombre que sólo se recomendaba por su reputación de soldado disciplinado. Á él se atribuye, si no el texto, la inspiración al menos de las proclamas que Guillermo lanzó al ejército y á la marina, mientras la muchedumbre ansiosa é



El emperador Guillermo II en el año de su advenimiento al trono (1888)

impaciente que rodeaba el palacio, todavía ignoraba la muerte del emperador.

Hay en aquellas proclamas un tal desprecio de todo lo que no es militar, que muchos creyeron ver en ellas la colaboración del mayor Normann.

Una de ellas decía: «¡Así es que nos pertenecemos enteramente uno á otro, yo y el ejército; y nos apoyaremos siempre uno en otro, tanto durante la paz como durante la guerra, á la voluntad de Dios!» Y mientras

el ejército, el mismo día de la muerte del emperador Federico, se veía honrado y exaltado de un modo tan anormal, el pueblo tuvo que esperar hasta el 18 de junio el mensaje habitual de advenimiento al trono.

No es posible hacer recaer sobre el emperador toda la falta de semejante actitud, cuando se sabe que Normann se suicidó dos años después, y que en aquella época se hallaba ya atacado de la enfermedad mental que lo condujo á la tumba.

Después de la muerte del primer favorito de Guillermo, los médicos no vacilaron en afirmar que estaba tocado de la monomanía de las grandezas, y que su crueldad rayaba en locura criminal. No es, pues, de extrañar que los primeros actos oficiales del nuevo emperador sean propios de un espíritu desequilibrado.

Pero no es nuestro propósito historiar el reinado de Guillermo II, sino proyectar toda la luz posible sobre la figura del nuevo soberano, disipando, si no todas, muchas de las nebulosidades que impedían conocer su fisonomía y su carácter verdaderos.

En Potsdam no reina precisamente la etiqueta española de los tiempos de Carlos V, cuando el rey no entraba en la cámara conyugal sino con una espada en la mano derecha y un blandón en la izquierda. Las habitaciones íntimas de los soberanos alemanes se parecen á las de todo el mundo. Guillermo II y Augusta Victoria duermen juntos, lo menos ceremoniosamente posible, como cualquier matrimonio burgués.

El cuarto de Sus Majestades se encuentra en el segundo piso del Nuevo Palacio. Para ir á él se pasa por el pequeño despacho de la emperatriz. Al lado se hallan las salas de baño y los tocadores.

El dormitorio, que tiene dos grandes ventanas, es espacioso y alto de techo. Pero está amueblado con poquísimo gusto. Falta armonía en los colores y en



La emperatriz Augusta Victoria en 1888

la disposición general. La emperatriz deseaba cambiar el mobiliario, ya antiguo, por una instalación moderna. Hablaba con envidia del lujo ultramoderno y elegante con que estaba alhajado el castillo de Neuglienecke, propiedad del príncipe Federico Leopoldo

de Prusia (1), que es el más rico de los Hohenzollern. Este castillo, situado cerca de Potsdam, fué reconstruido poco tiempo después del advenimiento de Guillermo II al trono, y Sus Altezas Imperiales lo inauguraron con una gran fiesta en 1891.

La emperatriz, que asistió á esta fiesta, volvió de ella de muy mal humor. Al entrar en su cuarto, dijo de pronto á una de sus camareras:

«¡Qué miserable parece aquí todo! Si nos juzgaran, á Luisa y á mí, por lo que nos rodea, me tomarían seguramente por una simple princesa con infantazgo, al paso que ella pasaría por la emperatriz. En esa casa todo es de última moda. Yo, por el contrario, tengo que contentarme con restos de otras épocas, mezclados con muebles modernos de lo más ordinario.»

La emperatriz no cejó hasta haber logrado de su imperial esposo la transformación del cuarto conyugal; y he aquí por donde la fiesta de Neu-Glienecke vino á costarle al emperador la friolera de ochenta mil marcos. Renovóse la tapicería y cortinajes que eran de un hermoso damasco, con fondo gris y plata, adornado con grandes flores amarillas en relieve, de la época de Luis XV. El original de esta tapicería era un regalo de madama Pompadour á Federico el Grande. Aquellas telas, cuyos colores habían sido atenuados por el tiempo, eran todavía admirables, más hermosas que las nuevas, aunque éstas eran copias de antiguos modelos franceses.

Fué igualmente reemplazada la anchísima cama de

(1) Hijo del príncipe Federico Carlos, que tanto figuró en la guerra franco-prusiana de 1870. Su esposa es la princesa Luisa, hija segunda del duque Federico Schleswing-Holstein y hermana, por consiguiente, de la emperatriz Augusta Victoria.

la época de la reina Isabel, que le gustaba mucho al emperador, quien á menudo se sentaba en ella para leer algún libro á la luz de una simple vela colocada á su lado sobre una mesita. Pero los castellanos de Neu-Glienecke habían adquirido camas modernas, y Au-



Palacio de Friedrichskron (Potsdam)

gusta Victoria no quería ser menos que su hermana. Así es que el suntuoso mueble antiguo fué relegado á otra habitación y substituído por flamantes camas inglesas de cobre en la cámara imperial.

Como todo está dispuesto, en palacio, para preservar en lo posible la salud del emperador, hay, tanto en verano como en invierno, espesos cortinajes en las puertas y ventanas del dormitorio, pues Su Majestad tiene gran miedo á las corrientes de aire.

La verdad es que Guillermo II tiene un miedo cerval á toda clase de enfermedades, cosa que no es de extrañar, dada la dolencia que le aqueja y que tanto le preo-

cupa. Así es que toma excesivas precauciones contra el contagio. Si vive, durante la mayor parte del año, en el Palacio Nuevo de Potsdam, sumamente incómodo, es porque este palacio se halla aislado en absoluto.

En el Palacio de Mármol, Guillermo tenía numerosos vecinos, y entre ellos el príncipe heredero de Schoenburgo, comandante de húsares de la Guardia. El 18 de noviembre de 1888, después de almorzar, el emperador se enteró de que este príncipe acababa de morir de difteria.

—¡La difteria!, —exclamó el soberano palideciendo horriblemente. —De seguro hay una atmósfera contaminada en el país. Digan al chambelán de servicio que haga inmediatamente nuestro equipaje y lo envíe á Berlín.

Herr von Liebenau hizo observar que las habitaciones de Su Majestad en Berlín no estaban dispuestas.

—¡No importa! —replicó Guillermo; —ya encontraré yo un rincón donde dormir y comer. Allí, al menos, estaré lejos del contagio.

Y viendo que Liebenau vacilaba, sin duda por consideraciones de etiqueta, el soberano replicó:

—Que preparen todos mis efectos; quiero partir en seguida.

Momentos después, encontró á la emperatriz y le dijo sin más explicaciones:

—Me marcho á Berlín, y esta casa no me volverá á ver.

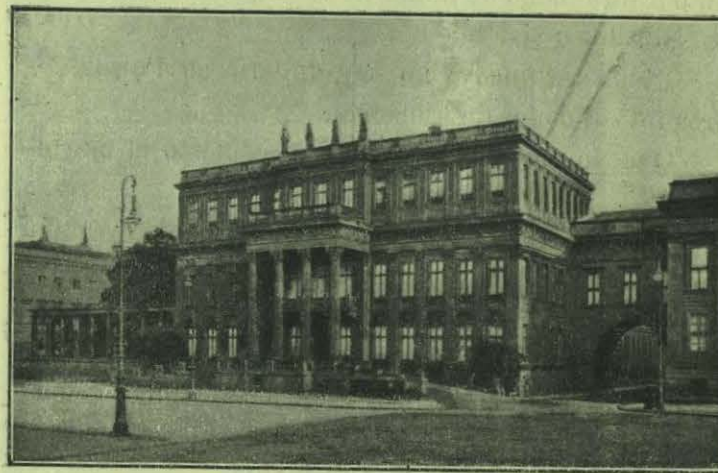
Tan inesperada noticia dejó estupefacta á Augusta Victoria, que no se atrevió á preguntar el motivo de aquella súbita resolución.

El almuerzo fué silencioso y triste.

Media hora después, la emperatriz, presa de terribles celos, preguntó aparte á una de las damas de Palacio:

—¿Sabéis por qué razón el emperador abandona el Palacio de Mármol?

—Su Majestad ha sabido la muerte del príncipe de



Palacio del príncipe heredero en Berlín

Schoenburgo, que ha sucumbido á la difteria—explicó la interpelada;—viviendo tan cerca, teme el contagio.

Al oír estas palabras, la emperatriz respiró como si se aliviara de un gran peso.

—¿Por qué no me lo han dicho antes—exclamó,—¡me hubieran ahorrado media hora de angustia!

Guillermo II no volvió al Palacio de Mármol. Su esposa no fué á reunirse con él hasta algunos días después.

So pretexto de que estaba ocupadísimo en la preparación del discurso que había de pronunciar en la reaper-

tura del Reichstag, el emperador no la dejó ir. La verdad es que había oído decir que la señorita Gensdorff, dama de Palacio, padecía de la garganta, y aunque no vivía en el Palacio de Mármol, sino en un pabellón enclavado en el parque, Guillermo temía que su esposa hubiese estado en contacto con ella. Tranquilizado al fin por otra dama de honor de la emperatriz, consintió en salir de su aislamiento.

—¿Supongo que ya no hay difteria en Potsdan?— preguntó al conde de Liebenau.

—Que yo sepa, no, Majestad,—contestó el mayordomo.

—¿Queréis decir con eso que no ha habido ningún caso en vuestro departamento, ó que os los ocultan? De todas maneras, tened la bondad de telegrafiar al Palacio de Mármol, diciendo que toda persona del séquito ó de la servidumbre real, que tenga síntomas de mal de garganta, sea inmediatamente trasladada al hospital. Estas son mis órdenes terminantes.

Aquella misma noche, una de las camareras favoritas de la emperatriz fué víctima del terror de Guillermo. Porque tenía hinchadas las amígdalas, la sacaron de la cama á una hora intempestiva, estando en plena transpiración, y la llevaron al hospital más próximo.

Un mes después, volvió á Palacio; mas como se quejase del modo como había sido tratada, la recibieron tan mal que prefirió retirarse.

—Á menudo, el emperador se niega á conferenciar con los hombres de Estado y demás personajes oficiales, so pretexto de que éstos tienen algún enfermo en casa.

Con harta frecuencia, en plena recepción, se ve á Guillermo separarse bruscamente de tal ó cual perso-

na con quien estaba hablando, dejándola atónita, porque ésta cometió la imprudencia de decir que un hijo suyo, un sobrino ú otro individuo de su familia tenía el sarampión ó estaba acatarrado. Apenas oía mentar la enfermedad, el emperador huía á escape.



Salón del Palacio de Mármol

Al recibir la noticia de que el pequeño príncipe de Reuss acababa de morir de escarlatina, Guillermo exigió que la emperatriz hiciese desinfectar todas las prendas de vestir que había llevado en Gera, cuando el bautizo del niño.

La propia dolencia del emperador hace que éste sea más aprensivo.

La primera vez que en la corte de Berlín se oyó ha-

blar del mal que Guillermo padece desde joven en el oído, fué en 1891, precisamente con motivo de la muerte del joven Enrique de Reuss Gera, primo de la emperatriz por parte de su madre, que era de la familia Hohenlohe.

Al recibir la noticia, Augusta Victoria llamó á sus damas de honor y les dijo:

—Espero que el emperador no sabrá de qué ha muerto el muchacho, porque le disgusta en extremo que se hable de escarlatina en su presencia.

—¿Pero, Su Majestad no ha tenido la escarlatina?— preguntó una de las damas de Palacio,—interrumpiendo la redacción de una carta que la emperatriz enviaba á la corte de Reuss.

—Naturalmente,—contestó la soberana;—y una escarlatina de muy mal carácter. ¿Cómo no lo sabéis al cabo de vivir tantos años aquí?

Viendo que Augusta Victoria prefería no extenderse sobre tan delicado asunto, la dama de honor no insistió. Pero, algún tiempo después, hablando con el conde Seckendorf, chambelán de la emperatriz viuda, iniciado en todos los secretos de la familia, le interrogó sobre la misteriosa escarlatina del emperador.

—Condesa, me ponéis en grave apuro—contestó confidencialmente Seckendorf,—porque si algún día el emperador supiese que os he hablado de esa historia, se pondría furioso contra mí. Básteos saber que la reservan para una circunstancia que aún no se ha presentado.

—Me ponéis en un potro, señor conde.

—Á otros les pasa lo mismo y no se atreven á quejarse—replicó el chambelán con una risa burlona. Re-

cordad la historia del médico inglés, que emitió su opinión sobre la enfermedad del difunto emperador Federico. Actualmente, las personas que cometen la imprudencia de decir que esa misma enfermedad amenaza á



Comedor del Palacio de Mármol

la corona de Prusia son desmentidas públicamente y oficialmente sacrificadas. ¡Pues bien! que Su Majestad experimente mañana una agravación en su mal de oído, y leeréis esto, poco más ó menos, en los periódicos oficiales: «En su infancia, el emperador tuvo la fiebre escarlatina, y su madre, la emperatriz Victoria, insistió en que se le aplicase el tratamiento inglés, que consiste en abluciones de agua muy fría en todo el cuerpo varias

veces al día. Á consecuencia de este tratamiento, el príncipe se resfrió y la inflamación se localizó en el oído izquierdo. Desde entonces, siempre ha sufrido de ese oído.»

Á pesar de todo el misterio de que lo rodean, nada prueba que el mal tenga la gravedad que algunos le atribuyen. Pero el hecho de combatirlo rigurosamente con antisépticos prueba el temor existente de que degenerare en inflamación gangrenosa.

Habitualmente, el emperador se cuida él mismo. Si acaso aumenta el dolor, llama al médico de cabecera.

La emperatriz sabe cuidar muy bien á su marido. Con frecuencia se sirve de un aparato especial para desobstruir el oído enfermo. Este aparato, adaptado á un tubo de goma, se halla constantemente colgado junto á la cama de Sus Majestades.

Guillermo tiene otro igual en su tocador y un tercero que lleva siempre de viaje.

Sus cámaras del yate *Hohenzollern* y del tren imperial se hallan igualmente provistas de este aparato.

Antes de que Sus Majestades se retiren á dormir, la servidumbre prepara las habitaciones, empezando por poner en la parte derecha de la cama el calentador que Guillermo exige todo el año, exceptuando los meses de julio y agosto. Este escalfador es de agua caliente. Colocan luego biombos por todas partes y corren numerosos portiers, destinados á impedir toda corriente en la cámara imperial. ¡Desgraciada de la camarera que se hubiese olvidado de correr una sola cortina!

Para el caso de que el emperador tuviese que levantarse de noche, se le prepara, sobre un canapé, cerca de la cama, un par de medias de lana, rodilleras de

franela, botas, una chaqueta forrada de bayetón, un sombrero de fieltro y guantes.

Por la misma razón, al lado de estos objetos, se coloca una bata destinada á la emperatriz.

Luego encienden una lamparilla, objeto poco elegante, compuesto de una armazón de estaño y un vaso de cristal lleno de agua y aceite.

Augusta Victoria exige que cambien las sábanas de la cama imperial todos los días. Pero la ropa blanca de los soberanos es tan escasa, que á veces no se puede mudar más que una sábana de las dos. Entonces se pone debajo la de encima.

La pobreza de lencería de la casa de Hohenzollern ha sido siempre comentada en las cortes extranjeras. La emperatriz Victoria trató de remediar tanta escasez efectuando importantes compras durante su reinado de ochenta y nueve días. Pero, después de la muerte de Federico III, armóse en Palacio la gran tremolina, cuando hubo que pagar aquellas «extravagancias,» según la expresión del conde de Liebenau, que despreciaba el *comfort* «inglés.» La madre de Guillermo II se llevó la ropa que había comprado, de modo que la lencería imperial se encontró de nuevo tan desprovista como antes. Por esto, en invierno, cuando la ropa de la colada tarda en secarse, la alta servidumbre de Sus Majestades tiene que dormir con sábanas más ó menos limpias.

Dos de los cinco ayudas de cámara particulares desvisten al emperador, mientras Augusta Victoria procede á su *toilette* de noche en sus habitaciones. Estos pobres ayudas de cámara son verdaderas víctimas de la invalidez parcial de Guillermo. Uno de ellos declaró en cierta ocasión:

«No nos quejaríamos de la pena que pasamos, aunque el emperador cambiara de traje diez veces al día en vez de tres ó cuatro, si no tuviéramos miedo de lastimar su mano lisiada. Este miedo hace que procedamos con timidez, y, á veces, con torpeza. Por añadidura, cuando Su Majestad se viste de prisa y se tiene sobre la pierna izquierda para cambiar de pantalón, tememos que pierda el equilibrio. Así es que siempre estamos prontos á sostenerlo.»

Aunque la cámara imperial contiene algunos muebles muy hermosos, no puede decirse que esté dispuesta con gusto y armonía. La *chaise longue* y algunas butacas están forradas de paño gris; y hay dos sofás del color de los cortinajes.

Diseminadas por la estancia se ven varias sillas de mimbre provistas de almohadones de seda, mesas japonesas y sillas de bambú mezcladas con muebles antiguos de Boule y de marquetería que son verdaderas obras maestras. Adornan la chimenea dos candelabros de bronce y vasos de diferentes estilos, y pende del techo una araña de cristal.

«Esto es un baratillo,» dijo la princesa de Schleswig, madre de la emperatriz, un día en que examinaba el dormitorio de Sus Majestades.

Á propósito de las sillas de mimbre que guarnecen este cuarto, la condesa de Eppinghoven cuenta en sus memorias que, en septiembre de 1894, estando el emperador en las maniobras militares con el rey de Sajonia, su augusta consorte, que no sabía en qué pasar el tiempo, tuvo la ocurrencia de pintar las sillas en cuestión de un color lilaclaro, esperando dar así á su marido una sorpresa agradable.

«Antes de acostarnos, dijo la emperatriz á Fraulein (1) von Gersdoff, una de sus damas de honor, diré al emperador que se siente en una de estas sillas, á que tiene particular apego, y volveré la luz hacia este lado para que vea mi obra».

Ambas empezaron á dar concienzudamente capas de pintura, ensuciando numerosos pares de guantes, sin contar sus vestidos, y una rica alfombra que por sí sola valía muchísimo más que todas las sillas juntas. Después de gastar una porción de tubos de color y una botella de trementina, la obra maestra quedó terminada. El emperador tenía que llegar al día siguiente.

—¿Estarán secas?—preguntó la condesa Keller, dama de Palacio, invitada, como las demás, á admirar las famosas sillas.

—Seguramente—replicó la emperatriz;—mi camarera preguntó al vendedor de colores la manera de proceder y he seguido al pie de la letra sus instrucciones.

Al día siguiente, por la noche, al retirarse con su marido á la cámara imperial, Augusta Victoria puso en ejecución su pequeño programa. Pero dejemos contar la pequeña aventura á la emperatriz misma:

«El emperador, dijo ella el día siguiente á la condesa Brockdorff, se había sentado en una de las famosas sillas y yo en otra. De pronto le vi levantarse bruscamente, sorprendido y colérico. Tenía las manos y la ropa llenas de pintura. Á mi vez noté que otro tanto me pasaba á mí. Ya sabéis que, en el emperador, la pulcritud es hasta una manía. Imaginaos si se pondría furioso al verse manchado de aquella manera.

—Amiga,—me dijo,—¡la broma es de muy mal género!

(1) Señorita.

»Todas mis explicaciones y excusas fueron inútiles. —Llamad—añadió—para que traigan trementina. »Inmediatamente llamé á Haake (1), y le dije que pidiese trementina á la señora de Larisch. Inútil es decir que ésta no tenía. Entonces el emperador mandó que enviasen un gendarme á la población en busca de aquella esencia.

»El gendarme fué desde luego á llamar á la farmacia, y el boticario lo envió á la droguería. El droguero dormía á pierna suelta y no había medio de despertarlo. Por fin, al cabo de una hora, el gendarme logró su objeto, merced á la intervención de una patrulla militar.

»Una vez en posesión de la trementina, empleé tres cuartos de hora en limpiar las manos, las mangas y las piernas de mi marido. Después, la pobre Haake tuvo que hacer otro tanto conmigo.»

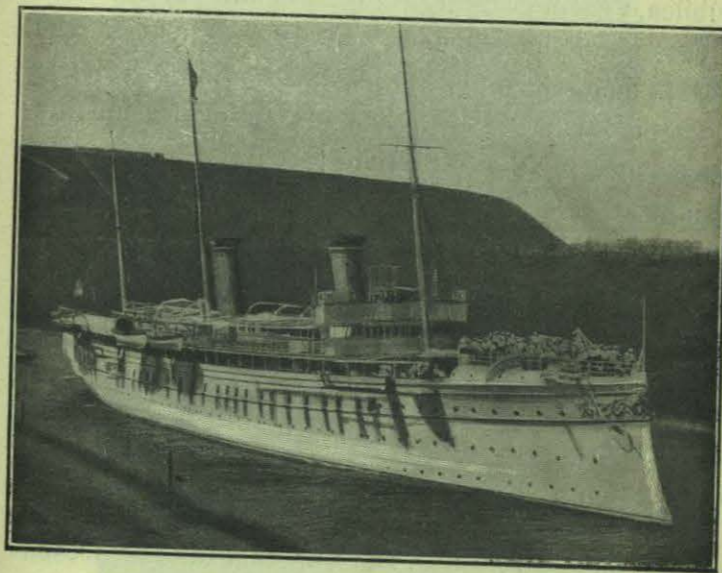
El emperador duerme con un revólver cargado en el cajón superior de su mesita de noche.

Este revólver, de acero, plata y marfil, es precioso; pero tiene en continuo sobresalto á la emperatriz, que á pesar de reiteradas instancias, nunca ha podido conseguir que su esposo lo quite de aquel sitio.

Nótase en la cámara imperial una cómoda antigua, de caoba, sobre la cual se hallan colocados diferentes recuerdos mortuorios. Ocupa el centro un cuadro que representa á Nuestro Señor, coronado de espinas, con los ojos levantados al cielo. En torno de la imagen del Cristo y envueltos en crespones están los retratos de los emperadores Guillermo I y Federico III, de la emperatriz Augusta y del rey Luis II de Baviera.

(1) Doncella mayor de la emperatriz.

Todos estos retratos fueron hechos especialmente para Guillermo y no se pueden adquirir otros ejemplares en parte alguna. En todos sus viajes y veraneos, en sus excursiones á bordo del *Hohenzollern* y hasta en sus cacerías de Rominton, el emperador lleva siempre consigo estos recuerdos mortuorios.



El yate imperial *Hohenzollern*

Á juzgar por los boletines impresos, en que se da cuenta minuciosa del empleo del tiempo del emperador, podría creerse que éste pasa el día con la emperatriz al menos una tercera parte del año, y, en realidad, los dos ilustres esposos, fuera de las horas de descanso y del almuerzo, raramente se hallan juntos.

He aquí la distribución de un día ordinario del kaiser.

Abandona el lecho á las cinco de la mañana, toma un baño frío, se hace vestir y á las seis se desayuna.

Inmediatamente se dirige á su gabinete de trabajo. Allí le esperan montones de documentos: cartas llegadas durante la noche, informes de los ministros y de los altos funcionarios administrativos. El kaiser los examina todos por sí mismo, minuciosamente. Es amigo de enterarse de cuanto concierne á la administración pública, y enemigo de dejar ningún asunto para mañana.

Esto no impide, sin embargo, que se ocupe con igual interés de los asuntos referentes á la vida palaciega y al ceremonial. Sus ayudantes de servicio están dispuestos desde las seis y media para tratar con él cuáles han de ser las salidas del día.

Á las siete va á dar un beso á sus hijos.

En seguida recibe á los altos funcionarios de palacio y discute con ellos sobre las fiestas, ceremonias y viajes que se preparan. Examina cuentas de la Intendencia, autoriza gastos y discute presupuestos. La posición de soberano no le impide ser al mismo tiempo señor de su casa y mirar de cerca por su hacienda.

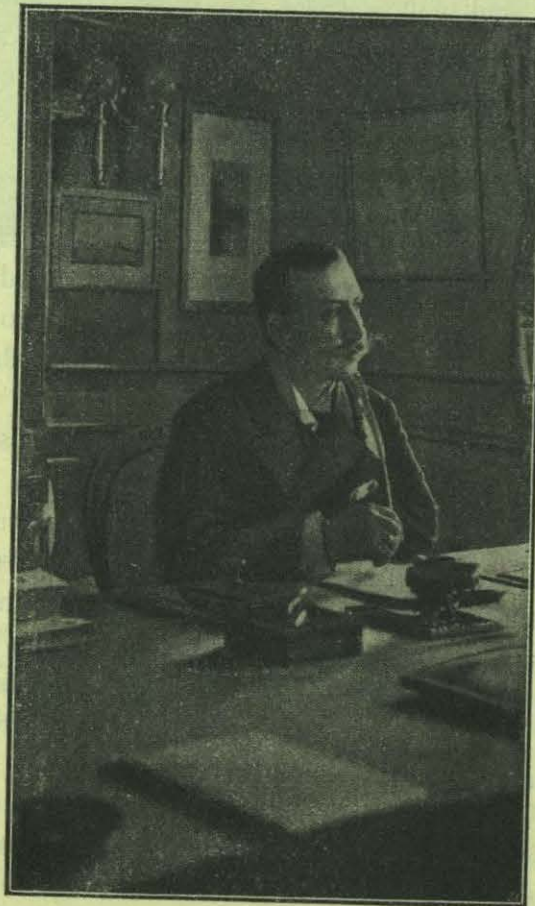
Á las ocho recibe á los ministros, consejeros, generales ú otros altos funcionarios. Cada uno, al presentarle un documento á firmar, le hace una explicación verbal del asunto. Pero, con frecuencia, el emperador pregunta más detalles. Muchas veces dice amablemente al personaje que con él despacha:

—Ya sé que os molesto mucho, pero no puedo evitarlo; yo también tengo una gran tarea que llenar, y mi conciencia no me permite tomar una resolución precipitada.

Efectivamente, Guillermo II dista mucho de ser un autómatas firmando. Lo regular es que de los documentos puestos á su firma no salgan inmediatamente con ella de su despacho, más que una parte. El resto

los conserva para estudiarlos con más detenimiento.

Á las nueve el kaiser sale á dar un paseo en coche, intercalando en él otro á pie. Si llueve, se va al pica-



El kaiser en su camarote del *Hohenzollern*

dero y monta unos tres cuartos de hora. Este ejercicio lo practica muy seriamente: es un buen jinete y le gusta rebuscar las dificultades, saltar obstáculos de todas clases, hacer del caballo un dócil intérprete de su capri-

cho. Los días de gran revista, suele montar desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde.

Á las once nuevas conferencias con los altos funcionarios y audiencia general. En estos recibimientos, Guillermo II se esfuerza en hacerse agradable á las personas que vienen á ofrecerle sus respetos, y en demostrarles su consideración. Para esto llama en su ayuda á la indumentaria.

Si ha de recibir, por ejemplo, á un marino, se viste de almirante; si á un ministro extranjero, en traje de general del país correspondiente, ó bien ostentando una condecoración que á él pertenezca. Consecuente con este sistema, no tiene pereza en cambiar de traje todas las veces que sea preciso.

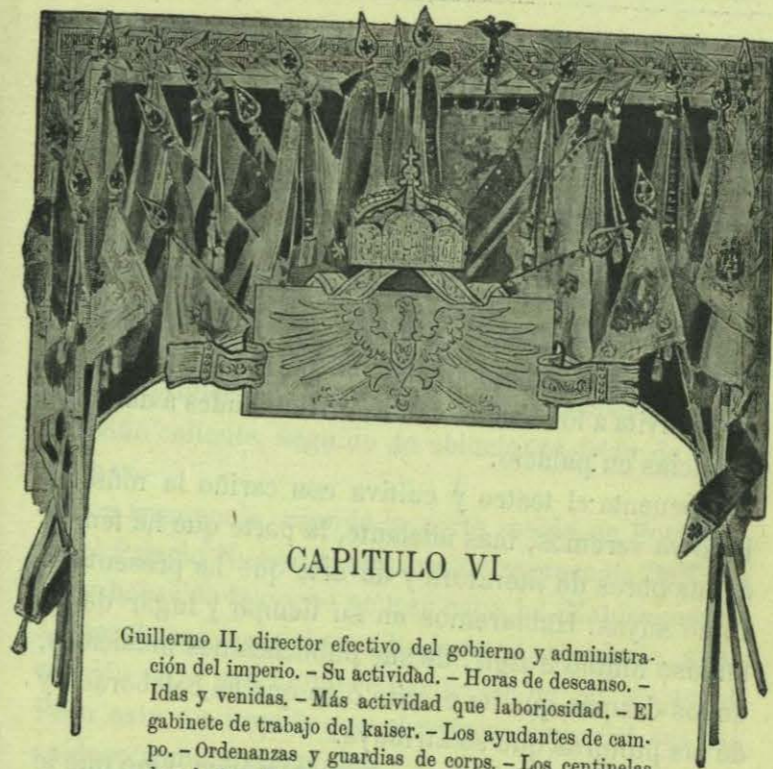
Á las dos, el kaiser va nuevamente á ver á sus hijos y come en familia.

Después sale: visita á los altos personajes para tratar con ellos de asuntos de Estado; inspecciona los cuarteles; va á los talleres de los grandes artistas, muchas veces para servir de modelo para un cuadro ó un busto.

Á las seis y media vuelve á dedicarse de nuevo al despacho de los asuntos de Estado, y á las siete hace su segunda comida, en familia también.

Poco después de terminada, vuelve á trabajar un rato. Luego se dedica á diferentes *sports*, especialmente á la esgrima, en la cual sobresale notablemente.

Su hora habitual de acostarse es á las diez, después de tomar una pequeña colación. Pero en una mesa, junto á la cama, tiene siempre dispuesto papel y lápiz, para apuntar lo que pueda ocurrírsele durante el insomnio.



CAPITULO VI

Guillermo II, director efectivo del gobierno y administración del imperio. - Su actividad. - Horas de descanso. - Idas y venidas. - Más actividad que laboriosidad. - El gabinete de trabajo del kaiser. - Los ayudantes de campo. - Ordenanzas y guardias de corps. - Los centinelas de palacio. - Una aventura de Vanderbilt. - Felicitación monstruosa. - Discurso de Guillermo á los reclutas de Potsdam. - Más sobre el Palacio Nuevo. - El gabinete particular del emperador. - Colección de retratos femeninos. - La sala de Mármol. - El salón de lectura. - El tocador de Guillermo. - El baño del rey Leopoldo. - El ropero imperial.

La anterior descripción de una jornada del kaiser no da más que una idea débil de la actividad de este trabajador infatigable. Para formársela más exacta hay que tener en cuenta que su papel de director efectivo del gobierno y administración de Prusia y del Imperio germánico, no se limita á estudiar los asuntos en su gabinete y despachar con sus ministros. No solamente elabora proyectos, sino que los defiende como orador, en aquellas reuniones en donde á su dignidad imperial